

Empleo digno y libertad de expresión

Esto de vivir pegados a la actualidad hace que seamos los primeros en notar cualquier modificación del entorno social o cultural. Unos cambios son para bien y otros, como es lógico, para mal.

Ahora todos estamos preocupados por como va a modificar nuestra vida la Inteligencia artificial. Como periodistas ya hace tiempo que hablamos, escribimos y reflexionamos sobre el uso de esta herramienta. Nos preocupa, como profesionales, “el uso”, porque puede dejar muchas sillas vacías en las redacciones pero también puede contribuir a mejorar la calidad de la información porque los periodistas podrán completar mejor y más rápido sus noticias. Es lo que diríamos en términos militares “tecnología de doble uso” y todo depende de quien tenga acceso al “botón rojo”

Como profesionales y como ciudadanos, nos preocupa, como decíamos, el “uso” pero el “mal uso” nos quita el sueño. La IA puede instalar la mentira como un elemento cotidiano de nuestra vida. Una mentira que estaría vestida con todos los ropajes de la verdad, una mentira que no se podrá distinguir y que será utilizada por los poderosos sin escrúpulos para quitar la libertad a los ciudadanos.

Como decía estas son preocupaciones que todos tenemos y que vamos sumando a la lista de cosas que nos acercan al uso pasivo de los somníferos. La lista se va ampliando y otras preocupaciones, mas antiguas, se van quedando más abajo en el folio sin que ese posicionamiento físico signifique una reducción de su importancia.

Una de esas cosas de la parte de abajo de la lista, es la dignidad de la profesión. Ser periodista tiene que ser algo digno, algo de lo uno se sienta orgulloso, algo que los ciudadanos reconozcan como una referencia en la defensa y protección de la libertad de información. La pregunta ahora es ¿Como se puede mantener la dignidad de una profesión si se cobran sueldos de miseria?.

Es cierto que no son los periodistas el único gremio que cobra sueldos indignos. Es una vergüenza que haya gente que teniendo trabajo y un salario no puedan formar una familia si lo desean, que no puedan alquilar una vivienda, valga la redundancia, habitable o que no tengan que salir corriendo cuando pasan al lado de un supermercado como Drácula cuando ve un crucifijo.

Son problemas de este momento que los periodistas, simplemente, tenemos que reflejar en nuestro trabajo, es nuestro oficio, contar lo que pasa y esto es lo que pasa. No podemos, y no es nuestro papel, solucionarlo. Eso

es cosa de la política y ahí participamos como ciudadanos, no como periodistas.

La precariedad laboral, los sueldos de miseria, en el caso de periodismo no solo atentan contra los derechos de cualquier trabajador sino que tiene una dimensión mayor ya que socava los pilares de la democracia, destruye la libertad de información y opinión. Al poderoso de guardia, siempre hay uno de guardia, eso le puede venir bien para tener una sociedad más dócil en la que los ciudadanos vean la realidad no como es, ni siquiera como la ve él, sino que la vea como le interesa a él que se vea. Recordemos, ciudadanos, no súbditos ni siervos. Los teóricos de la Revolución francesa dejaron claras las diferencias.

Nunca como ahora, con toda esa explosión de tecnología que vivimos, los poderosos tuvieron tan fácil la posibilidad de manipular las mentes de los ciudadanos, una manipulación que llevan siempre al campo de la emoción que es un mecanismo que si se engrasa bien, se convierte en una reacción automática que no pasa por la razón ni el pensamiento lógico. Salvando las distancias es algo parecido a lo que ocurrió en los años 20 en Europa y que aprovecharon algunos brutos insignes para convertir el viejo continente en el sangriento continente salvaje.

Pagar mal a un periodista no es solo pagar mal a un trabajador, es pagar mal a alguien que tiene sobre sus espaldas la responsabilidad de contar la verdad. Sabemos que la verdad objetiva y absoluta no existe, por eso tal vez deberíamos decir que la responsabilidad del periodista es contar la verdad honradamente y, no hace falta recurrir a chascarrillos vulgares y chabacanos para saber que el dinero puede vencer a la honradez porque la naturaleza humana es como es y a todos nos gusta comer todos los días.

No es culpable el periodista que se vende, es culpable el poderoso que crea el caldo social de cultivo que lo fuerza a venderse y debe sancionarse socialmente a esos que hacen del tráfico de la verdad una profesión, a esos que quieren convertir la realidad en una pantalla de sus mas bajos y miserables deseos.

Yo propondría que ,desde la FAPE, se denuncie sistemáticamente a aquellos medios que humillan a sus periodistas con sueldos de miseria y jornadas extenuantes. Pediría a los sindicatos un poco más de agilidad y atención a estas cosas y pediría a los legisladores , (perdón por el recurso a la utopía), que legislen para que tengamos leyes/vacuna que impidan el uso del contrato de trabajo como la guillotina de la libertad de expresión.

Y no vendría mal que se fomente la lectura de textos como el maravilloso "1884" de George Orwell en el que, recordemos, el protagonista es un periodista que trabaja en un pomposo "ministerio de la Verdad" y se dedica a la "damnatio memoriae" , un viejo oficio que los romanos conocían bien aunque ya los egipcios practicaron con entusiasmo, y que consiste en borrar la memoria de los que no son socialmente y políticamente guapos para el

poderoso,... si ese poderoso que siempre está de guardia. Maldita sea su sombra.

Manuel Torrente, Vicepresidente de la Asociación de Periodistas de Santiago de Compostela (APSC)

* Un resumen de este texto se presentó como propuesta de resolución en la LXXXV Asamblea de la FAPE celebrada en Santiago de Compostela entre el 15 y el 17 de mayo de 2026,